

MANANTIAL DE VIDA Y POESÍA

por Pilar Adón

“Cuadernos del Matemático”

Nº 39. Diciembre de 2007

Jorge de Arco

La constancia del agua

La Garúa Libros. Barcelona, 2007

El agua es alegoría de la existencia, de lo vivido, de lo amado, de lo que no cesa de cambiar y se mantiene a la vez inalterable. Ese espíritu multiforme, que es también calmado y apasionado como en los rápidos de una corriente fragorosa sobre el lecho de un río, es el que Jorge de Arco (Madrid, 1967) plasma en este bello volumen editado por La Garúa. Toma como imagen en su título, precisamente, la inmutabilidad de algo que es por naturaleza inasible, pero que, paradójicas, nos conforma, que es parte de nosotros, que se nos escapa, y a lo que, como al polvo, siempre volvemos: “Abandonarse al agua, a su corriente,/ ceder a su mudanza cristalina”.

Se mezcla con el agua la presencia de la luz, los destellos, los reflejos impacientes, revelándonos un agua límpida atravesada por la claridad que deja ver lo que hay al fondo, algo que intuimos y que forma parte de otro mundo que no es el nuestro, que está más allá de la frontera, aunque continuamente al alcance de nuestros dedos. Y en la imagen que deja el agua en nuestros ojos, una imagen que no sabemos si es real o un anhelo de nuestra imaginación, adivinamos la presencia del poeta que se descubre y que no acaba de reconocerse: “Sucede a veces que ya no me sueño.”

Jorge de Arco nos devuelve en “La constancia del agua” a aquello que nos funda, a aquello que forma parte de nuestra esencia: en la primera parte del poemario se ocupa del elemento acuático, tal vez como metáfora de la creación y de lo genético,

de lo híbrido que hay en nosotros, de lo que somos en esencia y en potencia; en la segunda, centra su quehacer poético en las formas caprichosas del amor, también violentamente multifacético, también calmadamente cambiante, sinuoso y ardiente como el cuerpo del ser amado, fuente de vitalidad, poesía móvil, realidad pasional.

Es entonces cuando su presencia, la presencia de la vida y de lo que somos, se hace más evidente y se carga de todo su significado trascendental. Y lo hace valiéndose de un lenguaje carnal, casi animal, dotado de una hermosura y una dureza diáfanas, que se puede sentir, apretar, agarrar, respirar. “Mientras rozo callado la curva de tu espalda / me crecen mariposas / al filo del deseo.” Quizá esa potencia expresiva, ese derroche de imágenes pulidas, de giros expresivos calculados, provengan de que el poeta es también -a la vez traductor-, un orfebre de palabras, eterno buscador del término justo que defina un estado de ánimo, experto en conjugar energías verbales para conformar lugares recogidos y nostálgicos de profunda belleza.

Puesto que necesitamos energía para vivir, de modo que sin energía no somos nada, Jorge de Arco consigue que la poesía, su poesía, se transforme en la energía que le impulsa y que nos impulsa, en un volcán de deleite estético, en un manantial de agua vital. Y pasión lúbrica, encarnada en versos encendidos: “Tus labios no se apagan porque entonan / melodías de vino / que sostienen mi celo impenitente.”

Estamos, en fin, ante un libro “de salvadora creatividad”, como indica en su brillante prólogo el poeta Enrique Badosa. Un libro que indaga en los misterios de nuestras pulsiones: la sed, la lujuria, la certeza de que somos seres inmortales hechos de materia efímera, condenados a amar sin llegar a saciar nunca nuestro afán de convertirnos en el ser amado.

Pilar Adón